



LAS LÍNEAS MAESTRAS DE LA EXHORTACIÓN *VITA CONSECRATA*

**DICIEMBRE 2021 – 18º LÍNEA MAESTRA**

### **Elemento irrenunciable de la transmisión de la revelación de Cristo<sup>1</sup>**

La vida consagrada es un elemento irrenunciable de la vida de la Iglesia porque es un elemento irrenunciable de la revelación de Cristo y de su transmisión. En efecto, profundizando en el contenido de la dimensión eclesial de la vida consagrada, se comprueba que la economía de la revelación y de su transmisión no es solamente una economía de palabras. Las obras son un elemento esencial de la divina revelación (cf. *DV* 2), que se ha cumplido de modo progresivo. Y el mismo Hijo Unigénito del Padre es quien la ha llevado a su plenitud. Y Jesús no ha llevado a término la divina revelación solo con sus palabras, sino también con sus obras y «*con toda su presencia*» (*DV* 4).

El tesoro espiritual de la revelación entregado por el Padre a la Iglesia, comprende también el altísimo valor de la «forma de vida» de su Hijo (cf. *LG* 44; 46). La «forma de vida» de Cristo, totalmente consagrada y misionera, es sin duda «reveladora». Son «reveladores» los ejemplos de su vida; son «reveladores» los rasgos característicos de su vida, en los cuales la vida consagrada encuentra su más sólido fundamento; es «revelador» el género de vida obediente, casto y pobre elegido por Cristo en la plenitud de los tiempos en actitud de docilidad al Padre.

En profunda armonía con el Concilio, el Papa quiere que las personas consagradas sean plenamente conscientes del alcance de los valores revelados por el Padre en Cristo, porque solo de este modo puede ser valorada adecuadamente la elección de la vida consagrada. Para poder contemplar el sentido profundo del misterio de la vida consagrada, hace falta dejarse iluminar por la luz radiante de la «forma de vida» de Cristo. La clave para elaborar una auténtica antropología de la vida consagrada se encuentra en la santa y reveladora humanidad del Verbo Encarnado.

El Papa subraya, por ejemplo, que la elección de la «forma de vida virginal» hecha por Cristo en actitud de docilidad y de total comunión con el Padre, es un punto importante de la revelación que debe servir como criterio para establecer la dignidad antropológica de la elección virginal en la vida cristiana: «Es en tal actitud de docilidad al Padre que, si bien aprobando y defendiendo la dignidad y la santidad de la vida matrimonial, *Cristo asume la forma de vida virginal y revela así el precio sublime y la misteriosa fecundidad espiritual de la virginidad*» (*VC* 22b). El Jesús de la revelación cristiana, vivió en la castidad consagrada, como célibe o eunuco por el Reino de los cielos o por el Reino del Padre.

El Papa pone de relieve que, dado que Jesús es también Hijo de Dios, su modo de vivir sobre la tierra en su condición humana es «*un modo divino*» de vivir, un modo profundamente revelador de

---

<sup>1</sup> ÁNGEL PARDILLA, *Vita consacrata per il nuovo millennio. Concordanze, fonti e linee maestre dell'esortazione apostolica Vita Consecrata*, Libreria Editrice Vaticana, Città del Vaticano, 2003, p. 1387-1389.

los valores antropológicos de la vida consagrada, un modo ejemplar que no puede ser descuidado cuando se designa la escala objetiva de los valores de las diversas formas de vida cristiana: «*Su forma de vida casta, pobre y obediente, aparece en efecto como el modo más radical de vivir el Evangelio sobre esta tierra, un modo –se puede decir– divino, porque es abrazado por Él, Hombre-Dios, como expresión de su relación de Hijo Unigénito con el Padre y con el Espíritu Santo. Es este el motivo por el cual en la tradición cristiana se ha hablado siempre de la excelencia objetiva de la vida consagrada*» (VC 18c).

El cuadro completo de la antropología bíblica no puede incluir solamente los valores de la revelación veterotestamentaria, y mucho menos solamente los datos de las primeras páginas del libro del Génesis. Jesús conocía lo que estaba escrito sobre el hombre y la mujer en los primeros capítulos del Génesis y no ignoraba los valores de la revelación hecha por Moisés y los profetas; pero era consciente de ser el mediador de una revelación ulterior: aquella perfecta y definitiva, la del Hijo. En la escena de la Transfiguración, el puesto central no pertenece ni a Moisés ni a Elías, sino al Hijo del Padre, es decir, a Aquél que con su «forma de vida» revela que la vida consagrada es el modo más sublime de vivir sobre esta tierra la comunión con el Padre.

Los valores de la «forma de vida» de Cristo, son parte irrenunciable de la revelación y del patrimonio espiritual que, por voluntad del Padre, la Iglesia debe transmitir a todas las generaciones (cf. DV 7). La transmisión de este tesoro espiritual no puede cumplirse solamente por medio de palabras. Es necesario que determinadas personas, consagradas por el Padre, representen continuamente en la Iglesia la «forma de vida» que Jesús ha abrazado (cf. VC 22a); es necesario que determinadas personas, habilitadas sobrenaturalmente por el Espíritu, ofrezcan al mundo con su presencia cristiforme una típica y permanente visibilidad de los rasgos característicos de Jesús (cf. VC 1a).

Fieles a la voluntad del Padre, los Apóstoles transmitieron también con el ejemplo y no solo con las palabras, el patrimonio espiritual recibido de Cristo: «Esto fue fielmente cumplido (...) por los Apóstoles, los cuales en la predicación oral, *con el ejemplo y las instituciones, transmitieron (...) todo lo que habían recibido de la boca, de la vida en común y de las obras de Cristo*» (DV 7). Los Apóstoles por lo tanto, transmitieron también mediante la propia vida ejemplar, la irrenunciable herencia recibida. La «*apostólica vivendi forma*» (VC 93c; 94a), renovada después de Pentecostés con la fuerza y la luz del Espíritu (cf. VC 19b), ha sido el elemento indispensable en la debida transmisión de los valores recibidos.

La «vida» ha sido siempre un elemento necesario de la adecuada transmisión de la revelación de Cristo: «*Así la Iglesia en su doctrina, en su vida y en su culto, perpetúa y transmite a todas las generaciones todo lo que ella es, todo lo que ella cree*» (DV 8). Por deber de fidelidad a Cristo, la Iglesia debe realizar su misión «*con el ejemplo de la vida y la predicación, con los sacramentos y los otros medios de la gracia*» (GS 5).

Precisamente por tal motivo, también en nuestros días la vida consagrada es «*parte integrante de la Iglesia*» (VC 3b), «*como un elemento suyo irrenunciable*» (VC 29b). Así como ayer y como mañana, también hoy las personas consagradas están llamadas a transmitir a través de la propia vida los valores especiales de la «forma de vida» del Verbo Encarnado.

La vida de especial consagración y de especial misión de los consagrados, debe ser la eclesial «*memoria viviente*» y la eclesial «*tradición viviente*» del modo revelado de existir y de obrar de Jesús: «*Verdaderamente, la vida consagrada constituye la memoria viviente del modo de existir y de actuar de Jesús como Verbo Encarnado ante el Padre y ante los hermanos. Ella es tradición viviente de la vida y del mensaje del Salvador*» (VC 22c).

Las personas consagradas no son, por lo tanto, exaltados que a causa de una especie de fanatismo descontrolado, buscan vivir por sobre los valores de la revelación de Cristo y de su Evangelio; sino que son cristianos que, movidos y guiados por el Espíritu, tratan de transmitir humildemente los evangélicos «*rasgos característicos*» (VC 1a) del Jesús casto, obediente y pobre, sin deformarlos. Los consagrados no consideran que su modo de vivir sea el único modo honesto de vivir la vida cristiana; no cuestionan la plena legitimidad de las otras formas de vida en la Iglesia; respetando plenamente, por ejemplo, la vida de sus hermanos que viven santamente en el matrimonio. Los consagrados, en el fondo, aspiran a ser humildes portadores de agua: movidos por la gracia divina, quieren llevar en la fragilidad de su carne, para alabanza de la Trinidad y para el bien de la humanidad, el agua cristalina de la «*forma de vida*» e Cristo.

---

DE LA CARTA APOSTÓLICA **MANE NOBISCUM DOMINE** DEL SUMO PONTÍFICE  
**JUAN PABLO II**  
AL EPISCOPADO, AL CLERO Y A LOS FIELES  
**PARA EL AÑO DE LA EUCARISTÍA**  
**Octubre 2004 - Octubre 2005**

---

**25.** La Eucaristía no sólo proporciona la fuerza interior para dicha misión, sino también, en cierto sentido, su *proyecto*. En efecto, la Eucaristía es un modo de ser que pasa de Jesús al cristiano y, por su testimonio, tiende a irradiarse en la sociedad y en la cultura. Para lograrlo, es necesario que cada fiel asimile, en la meditación personal y comunitaria, los valores que la Eucaristía expresa, las actitudes que inspira, los propósitos de vida que suscita. ¿Por qué no ver en esto la *consigna especial* que podría surgir del *Año de la Eucaristía*?

*Joannes Paulus PP. II*